

prestaron juramento en presencia del Espíritu Santo que ha de juzgarles, de elegir á aquél que creían deber escojer segun Dios para Jefe de la Iglesia universal.

“El soplo de lo alto inclinó pronto los corazones hácia un mismo lado, y bastaron tres escrutinios para dar un Jefe al Catolicismo.

“Nós hemos visto palidecer á Leon XIII cuando aceptó el cáliz de su divino Maestro, y Nós hemos oido de su boca las palabras de la naturaleza humana que tiembla con un peso superior á sus fuerzas; pero tambien las palabras de la confianza cristiana que se apoya en Dios para cumplir la voluntad divina.

“El Papa elegido revistióse con los ornamentos pontificios, y recibió la obediencia del Sacro Colegio. En este primer homeneje de obediencia y en las que se verificaron los dias siguientes, hemos visto pasar delante del sucesor de Pedro á la Iglesia católica en sus principales representantes; á los Cardenales de Italia con los de España y Portugal; á los Cardenales de Francia, á excepcion del Arzobispo de Rennes, moribundo; á los Cardenales de Austria, de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Polonia; á los Cardenales de Inaglaterra, de Bélgica, de los Estados-Unidos de América. ¿Qué poder habia podido reunir en Roma á esos ancianos de diferentes naciones? Ningun otro más que la fé en estas divinas palabras: “*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*”

“Había allí como una vision de la unidad religiosa sobre la tierra, milagro viviente y vencedor de las divisiones nacionales, segun esta promesa del Hijo de Dios: *Erit unum ovile et unus Pastor.*”

VIII.

PAPAM HABEMUS.—LA BENDICION SOLEMNE.—CORONACION DE LEON XIII.

La Metrópoli del mundo cristiano apenas bastaba á contener la muchedumbre de viajeros de todos los países que

diariamente llegaban por las vías férreas, que deseaban conocer al nuevo Papa y recibir su bendicion.

Diariamente á la hora de los escrutinios una muchedumbre inmensa cubria la vasta plaza de San Pedro, y confundiéndose allí los miembros más ilustres de la aristocracia romana con los humildes *cotadini*, los sacerdotes con los seglares, los fieles con los simples curiosos; todos con la vista fija en el Vaticano esperaban la feliz nueva de la eleccion, que sería anunciada por la *sfumata*. Los más impacientes exclamaban á cada momento: “*¿E questa fumata non viene?*” “*¿No aparece el humo?*”

El miércoles permaneció la muchedumbre en la plaza hasta despues de las 12 y media, más se dispersó, al ver aparecer una columna levisima de humo, exclamando: “*todavía no hay Pontífice.*”

No habian advertido que el humo era blanco, producido por la simple incineracion de las papeletas, á diferencia de la víspera, que habia sido negro por la paja húmeda que se quema con ellas.

Así, pues, la gran plaza estaba casi vacía. A la una y cuarto se abrió la *loggia* ó galeria exterior de la basilica, y apareció el Cardenal diácono Caterini, precedido de la cruz y seguido de numerosos Prelados, y pronunció con voz clara y elevada estas palabras:

“*Anuntio vobis gaudium magnum: Papam habemus: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum JOACHINUM, Sanctae Romanae Ecclesiae presbyterum tituli Sancti Crysogoni, Cardinalem PECCI, qui sibi nomen imposuit LEO DECIMUS TERTIUS.*”

“Os anuncio una gran alegría: tenemos Pontífice: el Eminentísimo y Reverendísimo Joaquin, Presbítero de la Santa Iglesia Romana, del título de San Crisógono, Cardenal Pecci, quien tomó el nombre de Leon XIII.”

X

La noticia se extendió con maravillosa rapidez por toda la ciudad, y el alambre telegráfico la trasmitió hasta los

más remotos confines del globo, inundando de júbilo á los corazones católicos, cuyas lejanas voces formaban eco á esta regocijada exclamacion de los romanos: "¡Tenemos Papa!, ¡Tenemos Papa!"

Pronto fué invadido el interior de la basílica por una muchedumbre numerosa de entusiastas romanos que acudian presurosos, con sin igual animacion, movidos por el deseo vehemente de contemplar á su nuevo Padre, al Padre Santo, y de recibir la Bendicion apostólica.

El nombre de Leon XIII estaba en todos los labios, hacíanse de él las más merecidas alabanzas, encomiábanse particularmente sus virtudes, su ciencia, su bondad y piedad: "E buono Papa," decian los buenos italianos; "es un buen Papa," y se abandonaban á todos los trasportes de la alegría. De repente se produjo uno de esos movimientos populares que preceden siempre á los momentos solemnes: acababa de aparecer la cruz;abase á dejar ver el Papa, el sucesor de Pio IX; el silencio y el recogimiento sucedieron á la agitacion y al tumulto.

En el fondo de la magestuosa basílica, levantada por el soberbio génio del arte, se abren tres balcones entre seis pilastras colosales, separados por las anchas ventanas de una galería interior que une al Vaticano con San Pedro. El balcon del centro es la *loggia* (cámara) donde aparece el Papa en las grandes solemnidades de la Iglesia, para dar su bendicion á la ciudad y á todo el orbe cristiano.

El entusiasmo que rebosaban todos los pechos estalló en estrepitosas demostraciones de júbilo: treinta mil personas gritaban: ¡*Evviva il Papa!* ¡*Evviva!* ¡*viva Leone!* Los aplausos y las ovaciones caian como una verdadera tempestad; las lágrimas brotaban espontáneas de todos los ojos; todas las miradas se dirigian á lo alto de la basílica y los corazones más alto aún.

Leon XIII no permaneció insensible á la demostracion filial de que era objeto y estaba visible y hondamente con-

movido. Levantó su diestra: con voz clara y vibrante pronunció las palabras de la bendicion sobre el pueblo que la recibia prosternado; y los aplausos y las aclamaciones resonaron de nuevo.

El Pontífice levantó sus brazos al Cielo y bendijo otra vez de nuevo á la multitud. Cuéntase que apénas se habia retirado de la *loggia*, cuando, asiéndose del brazo de un Cardenal, le dijo:

—Contemplad, Eminencia, á este bueno y fiel pueblo de Roma.

×

Como se vé, el primer acto público del Vicario de Jesucristo fué una demostracion de la esclavitud que oprime al Pontificado, pues no se presentó en la *loggia* exterior, sino en la interior de la basílica, para dar su bendicion; y así, en vano la esperaron las 50.000 personas que invadían la plaza de San Pedro.

El segundo acto de Leon XIII, esto es, la coronacion, fué otra demostracion palmaria de esa oprobiosa esclavitud. Todos los miembros del Sacro Colegio, recibieron el 1° de Marzo aviso de que no se efectuaría la ceremonia en la *loggia* del pórtico de la Basílica Vaticana, como en un principio se determinó, y como se acostumbraba hacer desde el reinado de Marcelo II (1535), sino en la Capilla Sixtina.

Ya todo se habia dispuesto en el interior de San Pedro: allí estaban las tribunas destinadas al cuerpo diplomático, á la aristocracia romana y á los más elevados personajes: pero súpose que los revolucionarios intentaban turbar la ceremonia con gritos ofensivos y desplegando estandartes masónicos, y que el gobierno italiano se negaba á mantener el órden; y hé aquí lo que motivó el que se empezaran á destruir el 1° de Marzo las obras llevadas á cabo en San Pedro.

En la mañana del 3 del mismo mes el Padre Santo, precedido de los Colegios de la Prelatura, Penitenciarios, Ca-

nónigos de San Pedro, y seguido de los Cardenales presentes en Roma, hizo su entrada solemne en la Capilla Paulina y de allí se le condujo en la *Sedia* á la Sixtina.

Al entrar á ésta, un maestro de ceremonias que llevaba un baston de plata guarnecido en su extremidad con estopa, hizo una genuflexion ante el Papa: un sacerdote inflamó la estopa y el maestro de ceremonias exclamó, volviéndose al Pontífice:

— ¡Padre Santo, así pasa la gloria de este mundo!

Y repitió tres ocasiones tan severa sentencia. (1)

Después de haber celebrado la Misa el Papa, se sentó en el Trono, teniendo á sus lados á los cardenales diáconos asistentes. Detrás se colocaron los miembros del Sacro Colegio, los Prelados y dignatarios de la Curia Pontificia.

En este momento la Capilla entonó el *motete* célebre de Palestrina: *Corona aurea super caput ejus*. "Una corona de oro ha sido puesta sobre su cabeza." Después el Cardenal diácono le dijo estas palabras: "Recibe la Tiara de tres coronas. Tú eres el Padre de los Príncipes y de los Reyes, el Pastor del Universo y el Vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo."

Ceñida en la frente la triple corona, el Soberano Pontífice recitó las preces que preceden á la bendicion, y después, elevando las manos al cielo, bendijo al pueblo, haciendo tres veces la señal de la cruz.

Conformándose con una costumbre antigua y respondiendo á la vez á los deseos de su corazon, Su Santidad quiso que participasen los pobres de Roma de una manera particular de la alegría que experimentaban los fieles con su gloriosa exaltacion al Pontificado. Al efecto hizo distribuir por ministerio de su Cardenal Vicario una cantidad

(1) Cuando el inmortal Papa Sixto V vió arder delante de sí la estopa, y oyó las palabras del maestro de ceremonias, exclamó:

— No, la gloria de mi nombre no pasará, porque yo la fundaré en la justicia.

de cinco mil pesos, que todos los años se continúa distribuyendo en el aniversario de su coronacion.

IX.

LUMEN IN COELO.—EL NOMBRE DEL PAPA.

Sabido es que en la profecía de San Malaquías hay una serie de divisas que se han aplicado á la serie cronológica de los Papas, desde Celestino II, que reinaba en vida del Santo, hasta el último Pontífice que será Pedro II, Pedro Romano. Escrita esta famosa profecía en 1143, fué publicada por el benedictino Arnolfo Vion en 1595, y de entonces acá casi ningun autor que se haya ocupado en estas materias ha dejado de citarla.

Es indiscutible que las divisas correspondientes por su número ordinal á los 6 últimos Pontífices, tienen luminosísima significacion y se adaptan á ellos con exactitud pasmosa.

Así, *Peregrinus apostolicus* (*El peregrino apostólico*), señala el lugar correspondiente á Pio VI (1755).—Ahora bien, Pio VI, como es sabido, salió de Roma, cosa desusada hasta entonces, y se dirigió á Viena con una *mission apostólica*. Más tarde fué arrancado de Roma por los revolucionarios franceses, llevado á Viena, á Grenoble y Valence (Francia), donde por fin murió.

Aquila rapax (*El águila que roba*), señala á Pio VII (1800).—¿Quién no vé aquí una alusion al primer Bonaparte que paseó sus águilas triunfantes por toda Europa, y cuya *rapacidad* arrebató al Papa sus Estados.

Canis et coluber (*El perro y la culebra*), corresponde á Leon XII (1823).—Emblemas de la bondad y prudencia de este Pontífice.

Vir religiosus (*El varon religioso*), indica la piedad de Pio VIII (1829).

De balneis Eluriae (*De los baños de Umbría*), alude á la patria de Gregorio XVI (1831).

Cruz de cruce (*Cruz de cruz*), designa á Pio IX (1849).
—¿Cuál fué la *cruz* de este Santo Pontífice, sino la que colocó en sus hombros la revolucion acaudillada por la casa de Saboya, que lleva una *cruz* en sus armas, que tiene una *cruz* en su bandera?

Despues del lema *Cruz de cruce*, viene este otro en la profecía de San Malaquías: *Lumen in coelo*.

Despues de Pio IX ocupa el s6lio pontificio Leon XIII, cuyas armas, esas armas usadas por su familia de ilustre abolengo, son: un ciprés en campo azul, cortado por un arco de plata, con una estrella ó cometa de oro á la izquierda del árbol, en la parte superior, y dos flores de lis en la inferior.

El campo azul del blason, y principalmente el cometa y el arco que representa el iris en el cielo, son consideradas como la realizacion de la profecía de San Malaquías.

x

LEON, decimotercero de su nombre, es el 261° en la série de los Pontífices.

LEON. . . ¡qué presagio tan feliz vió en este nombre la cristiandad entera que esperaba con ánsia al sucesor de Pio IX! Ese solo nombre es todo un programa de combate y evoca el recuerdo de Pontífices que se consagraron á las cuestiones dogmáticas, rechazando los errores de los hombres con la palabra de Dios; que pusieron todo empeño en la constitucion y desarrollo de las sociedades; que atendieron con cuidadoso esmero y dedicaron su vigilancia paternal á los progresos de la civilizacion verdadera.

Viene el primero San Leon el grande (I), cuyas Epistolas recuerdan las del Príncipe de los Ap6stoles, por su magestuoso vigor, y en las cuales expone luminosamente los privilegios de Pedro, que era atacado en su primacía y el Misterio de la Encarnacion. Ese fué el Papa que detuvo á las puertas de Roma á Atila y á sus huestes, ese *azote de Dios*, enviado para castigar y purificar la sociedad

antigua. Leon II le sigue, y gobierna la Iglesia con grande firmeza y sabiduria. El Papa III de este mismo nombre es, en el siglo IX, el obrero sublime que reconstruye, en medio del caos de su época, el edificio social de la cristiandad. Ante él dobla el poderoso Carlo Magno su frente para recibir en Roma la corona de Emperador cristiano de Occidente.

Vienen despues otros Papas ilustres de este nombre, y cuando los sarracenos amenazan á Italia y hasta la misma Roma, cuando la poderosa Media Luna se levanta soberbia en el Oriente, florece Leon IX, que pone en vergozosa fuga á los enemigos de Cristo y de la Europa. Este Papa condena la herejía de Berenger y reprime el cisma de Miguel, Cerulario, y de él dice Voltaire que no pudo ménos de rendir homenaje á su gran mérito:

“... el valor de los primeros años de la República revivió en él, en una época de perfidia y corrupcion.”

Leon X (Juan de Médicis), llena su siglo con su nombre: ent6nces lucen con plácido encanto los más hermosos resplandores del Arte; ent6nces la Ciudad Eterna, la Metrópoli del mundo, es la Atenas cristiana, de donde brotan para derramarse por toda la tierra las más puras y caudalosas fuentes de la ciencia, del arte y la virtud.

Leon XII, el humildísimo Leon XII, que al morir pide ser enterrado á los piés de San Leon el Grande, bajo una simple losa que lleve esta inscripcion modesta: “es el menor de los herederos de tal nombre, quien ha elegido tan humilde lugar”;—asiste á las primeras y más penosas convulsiones de nuestro siglo; él es testigo de las luchas entre la tiranía y el derecho, vé al Papa prisionero de Napoleón, esto es del emperador, y luego ve al emperador caído y el Papa ensalzado; él, en fin, durante su corto Pontificado, propaga la fé ardorosamente y ensancha los Estados de la Iglesia, restablecidos y asegurados á la Santa Sede por el Congreso de Viena.

Despues de Leon XII suben al solio pontificio Gregorio

XVI, cuyo rigor prudentísimo es el más adecuado para aquellos tiempos tenebrosos de las sectas enemigas del Pontificado y de la sociedad, y Pio IX, cuya misión providencial no es ignorada de ningún católico.

¿Qué papel, qué misión, corresponderá á Leon XIII en nuestra época, y en la lucha de los principios positivos con los errores contemporáneos y las tendencias de nuestra sociedad?

Ah! Leon XIII, para gloria de la Iglesia y de su nombre, á la humildad profunda de Leon XII juntará la santidad y sólida doctrina y la elocuencia magestuosa de San Leon I, solo comparable á la de los más insignes Padres de la Iglesia; al sereno valor de Leon IX adunará la prudencia, sagacidad y alta política de un Urbano VII: la lucha de este insigne Pontífice no será con la revolución dogmática como la de Pio VI, ni con la revolución encarnada en un hombre como la de Pio VII, ni solo con los gobiernos liberales como la de Gregorio XVI, sino principalmente con el fundamento de la revolución dogmática y de todas las revoluciones, como la lucha sostenida por Pio IX; con el liberalismo elevado al estado de anticristianismo, de anti-religion, de esencia y resumen de todos los errores, de todas las herejías.

Si San Leon el Grande fué el más á propósito para los tiempos de Atila; Gregorio XVI el más á propósito para el tiempo de Luis Felipe; Pio IX el más adecuado para el tiempo de Napoleon III y de Víctor Manuel.—Leon XIII será también el más á propósito para el de Bismarck y Humberto I.

El Sr. Leon XIII apareció sobre las ruinas del poder temporal de la Santa Sede y él sabrá levantarlo sobre Europa á la altura que alcanzó en la Edad Media!

Esto es lo que veremos en la Segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

I.

OJEADA RETROSPECTIVA.

Aun no hace nueve años que Nuestro Santo Padre Leon XIII ocupa por permission divina la silla de San Pedro, y en tan corto espacio de tiempo se han verificado ya muchos cambios significativos, y á veces radicales, en la actitud y aspecto de las grandes potencias europeas para con la Santa Sede; cambios más notables aún si se les considera, como vamos á hacerlo, en conexión con los importantes acontecimientos políticos que han señalado los últimos 15 años en Europa, á contar desde la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel. Mas no solamente en la esfera política se ha hecho notar el influjo providencial y supremo del actual Pontificado, sino también como es de suponerse, en lo que forma su objeto propio y esencial, en las esferas religiosa y social.

A consecuencia de la ocupación de Roma, los Estados Pontificios, que habían sido devueltos y garantizados al Papa, después de la usurpación del primer Bonaparte, por el Congreso de Viena, desaparecieron como Principado, y fueron absorbidos por el reino de Italia, con el patriótico